



Columna

José Luis Franco Montaña,
rector de las Instituciones Santo Tomás
sede Chillán



La fe en tiempos de incertidumbre

Semana Santa introduce una pausa poco habitual en la vida diaria. Más allá de su dimensión religiosa, representa un ejercicio humano antiguo: detenerse y escuchar aquello que queda fuera del ruido cotidiano. Para quienes crecimos bajo la tradición cristiana, estos días han estado asociados a la lectura bíblica, la misa o la bendición del Domingo de Ramos, encuentros que siguen convocando a cientos de personas que

En ese esfuerzo cotidiano, la fe deja de entenderse solo como práctica religiosa y se convierte en confianza activa: creer que educar sigue teniendo sentido, aun cuando el entorno social evidencia fracturas profundas.

buscan reconectar con una dimensión espiritual que trasciende lo inmediato. En una cultura marcada por la rapidez y la satisfacción instantánea, dedicar tiempo a la reflexión parece un acto excepcional. Pensar el sentido de la existencia o preguntarse por el lugar que ocupamos en el universo se vuelve difícil cuando todo exige respuesta inmediata. Sin embargo, la pregunta por Dios persiste. La fe no admite mediciones ni estadísticas; no puede cuantificarse como otros fenómenos sociales, aunque atraviesa silenciosamente la experiencia humana.

La humanidad ha intentado responder durante siglos si existe una voluntad superior detrás de la creación. Desde los relatos de Noé hasta la venida por segunda vez a la tierra del Hijo de Dios, la fe ha sido certeza y duda al mismo tiempo.

Ante un universo cuya magnitud supera cualquier escala humana, creer puede surgir como intuición espiritual o como necesidad de sentido frente a lo desconocido. Tal vez por eso la fe no solo habita en los templos: aparece también en gestos cotidianos de confianza. Cada día comenzamos creyendo que el otro cumplirá su palabra, que el sistema funcionará, que la convivencia será posible.

Esa confianza se tensiona al observar los hechos de violencia ocurridos recientemente en establecimientos de educación media en Chile. Datos del Ministerio de Educación señalan un aumento sostenido de conflictos graves de convivencia escolar tras la pandemia. Cuando estudiantes agreden a docentes o compañeros, la crisis deja de ser disciplinaria y se transforma en una pregunta ética sobre nuestra relación con el otro.

Las instituciones educativas persisten en su tarea de formar personas capaces de convivir, dialogar y reconocer límites. En ese esfuerzo cotidiano, la fe deja de entenderse solo como práctica religiosa y se convierte en confianza activa: creer que educar sigue teniendo sentido, aun cuando el entorno social evidencia fracturas profundas. Semana Santa irrumpe entonces como una invitación a revisar no solo creencias personales, sino también la responsabilidad colectiva frente a las nuevas generaciones.

El mandato de Jesús, “ámense los unos a los otros”, propone una ética que trasciende credos y épocas. En un país donde la violencia comienza a instalarse en espacios destinados al aprendizaje, la fe reaparece como una decisión consciente: apostar por la dignidad del otro, sostener la esperanza en la convivencia democrática y reafirmar que ninguna sociedad puede proyectarse si pierde la capacidad de reconocerse humana antes que adversaria.